

## LIBROS

ORTEGA LÓPEZ, Teresa (coord.), *Por una historia global: El debate historiográfico en los últimos tiempos*, Universidad de Granada y Universidad de Zaragoza, Prensas Universitarias, 2007, 440 págs.

Toda producción historiográfica se inscribe en un contexto sociopolítico y cultural que establece no sólo los condicionantes sino también las posibilidades y resultados de las tareas del historiador. Semejante premisa es oportuno recordarla para comprender el contexto de este libro coordinado por la profesora de la Universidad de Granada, Teresa M<sup>a</sup> Ortega, porque está planteado con el objetivo de abordar un nuevo modo de hacer historia, tal y como enuncia en su título, «Por una historia global». En efecto, el punto de partida del libro y de los autores que participan en el mismo es la crisis de los grandes relatos provocada por el giro lingüístico de los 70 y 80 del siglo XX y por la disolución del imperio soviético entre 1989-1991. En esas dos décadas se cuestionaron desde distintos frentes

los afanes por construir una historia científica que además pudiera incorporar las metodologías de las demás ciencias sociales. Hasta los años 80 dominaron las propuestas teóricas procedentes de la escuela de los Annales, del marxismo británico e italiano e incluso del marxismo althusseriano, en muchos casos con planteamientos de mixtura y eclecticismo. También es cierto que esto ocurrió en España en círculos universitarios bastante reducidos, pues aunque tales aspiraciones teóricas ocuparon el debate de los más inquietos desde finales de la dictadura de Franco, persistió, sin embargo, una amplia mayoría de la profesión anclada en un quehacer historiográfico tradicional, basado ante todo en la erudición más clásica y en la carencia de reflexiones metodológicas. En la España de los 70 y 80 ni hubo hegemonía estructuralista ni funcionalista ni apenas se pudo consolidar un gran relato alternativo historiográfico, porque siguió siendo dominante tanto la tradición erudita desarrollada en las universidades a lo largo de todo el siglo XX como el

relato nacionalista español imbricado con la misma investigación. Este dato conviene tenerlo presente para comprender que algunos de los gigantes que se tratan de desconstruir en este libro, sobre todo por parte de Miguel A. Cabrera, en España apenas si llegaron a ser molinos de viento.

Ahora bien, la nueva hornada de historiadores que participan en este libro hay que contextualizarlos también en un nuevo espacio de producción histórica, tal y como analiza Teresa M<sup>a</sup> Ortega en su capítulo dedicado a desentrañar las relaciones entre «historia y posmodernidad», para hacer así balance de la «historiografía en los últimos tiempos». Aborda con precisión tanto los debates que han desafiado hasta el último entresijo teórico de la producción histórica como los contextos en los que éstos han tenido lugar. Conviene insistir en que no todo lo anterior ni era marxista ni la tradición marxista era la mayoritaria, y en este sentido Teresa María Ortega apunta bien a la existencia de unas perspectivas teóricas y metodológicas mucho más amplias y eclécticas. En todo caso, la posmodernidad sirvió para socavar anclajes esclerotizados y para permitir abrir nuevos horizontes de investigación que, sin duda, han abierto los conceptos, los contenidos y los sujetos de la producción histórica del presente. De hecho, las herramientas analíticas hoy son cada vez más abiertas y diversas e incluso las aspiraciones científicas de

los historiadores ya no tienen lugar a través de esquemas intocable sino a través de los planteamientos de una nueva hornada de clásicos como son los Michel Foucault, Pierre Bourdieu, Clifford Geertz, Mijail Bajtin, R. Guha, Joan W. Scott, Benedict Anderson o Roger Chartier, entre otros.

Ha surgido, en efecto, desde los años 80, una mayor variedad de temas de investigación y las fuentes para los historiadores se han multiplicado, tal y como se comprueba en la segunda parte de este libro donde aparece la historia de género, los nuevos movimientos sociales, la historia de las clases populares, la historia de la cultura y la historia ecológica. Son los temas que ya se consideran normalizados dentro de lo que el propio libro enuncia como «historia global», porque este término, que hizo su aparición en los Estados Unidos, bajo la fórmula de la *World History*, trata de establecerse como una alternativa potencialmente más sólida para afrontar las nuevas realidades del presente. Frente a los anteriores discursos universalistas, busca un nuevo paradigma que integre nuevas temáticas y múltiples sujetos y ámbitos culturales, pero sin caer en pretensiones unívocas. No se pierde el afán de plantear interpretaciones globales, pero siempre rechazando el holismo y recobrando otras capacidades críticas con el presente. Por eso, con la historia global se pretende no eliminar los factores económicos

del análisis histórico, sino reinterpretarlos dentro de nuevos enfoques ecológicos, de género y culturales que reinterpreten las relaciones de las personas dentro de la sociedad y con la naturaleza.

Muy significativos de estos nuevos rumbos historiográficos son los trabajos de la citada segunda parte, la más jugosa del libro. Así, Francisco Cobo reflexiona sobre los moldes teóricos de los nuevos movimientos sociales y esboza categorías y planteamientos para redefinir los correspondientes sujetos históricos. De igual modo, Ana María Aguado sistematiza las aportaciones realizadas en lo que ya se ha instalado definitivamente como una nueva categoría historiográfica, la historia de género, y desglosa el importante papel que las mujeres han desempeñado, incluso como sujetos de silencio, en todo momento histórico. Se plantea, por tanto, el entramado tan polémico de la construcción de las identidades colectivas a partir de las referencias de género. Y esas mismas identidades son las que preocupan a Pilar Salomón en su análisis de la nueva historia de las clases populares, inmersas en un complejo de relaciones y distintos actores, constituidos como sujetos de procesos sociales muy dispares. Se enriquecen estas cuestiones con los capítulos realizados por Darina Martykánová sobre «las personas de su tiempo», donde disecciona lo que parecía obsoleto en la «historia

de las mentalidades», y por Antonio D. Cámara Hueso sobre demografía histórica, una perspectiva ya clásica cuyo cuantitativismo se reasigna en nuevos contextos explicativos.

También destacan las aportaciones sobre historia ecológica y sobre historia cultural. En el primer caso, el trabajo corresponde a Antonio Ortega, aventajado alumno de la escuela de M. González de Molina, J. Martínez Alier y J. M. Naredo, impulsora de la historia ambiental y ecológica en España. Es una buena síntesis para adentrarse en este nuevo paradigma historiográfico y en la nueva agenda de investigación que propone, con aportes que deberían ser tenidos en cuenta en todo análisis histórico. En el segundo caso, se trata de dos trabajos muy recomendables igualmente. El de Miguel Ángel del Arco, con un concienzudo análisis del polémico espacio metodológico de los «estudios culturales», aborda no sólo su evolución, autores y logros, sino también las precauciones porque las producciones culturales no hablan por sí solas y profundizar en ellas exige obligatoriamente la interdisciplinariedad. Por su parte, Francisco Acosta Ramírez sistematiza la nueva historia intelectual, destaca la dificultad para establecer un punto de inflexión entre la historia intelectual clásica y la posmoderna, desglosa las nuevas propuestas teóricas para concluir destacando la vitalidad de la historia conceptual en Europa y América Latina.

Se trata, por tanto, de tres trabajos enriquecedores y meritorios, por los contenidos y categorías que sistematizan, y sobre todo por los horizontes que impulsan para abrir expectativas de conocimiento de nuevos sujetos históricos y de nuevos entramados de relaciones de dichos sujetos. No es posible sistematizar sus contenidos que, sin duda, permitirían plantear debates fructíferos porque siempre la escritura de la historia participa de modo más o menos explícito en la definición de objetivos y metas para el futuro. Y esto late, no cabe duda, en los tres trabajos, como también en los anteriores.

La tercera parte del libro tiene otros contenidos, dedicados a dos estudios historiográficos. El primero, de un consolidado especialista, Ignacio Peiró, aborda lo que cataloga como «normalización» historiográfica en España gracias al impulso del desaparecido maestro Jover Zamora. El segundo, de Miquel Marín, alumno del anterior, es tan valiente como bien argumentado y estudia nada menos que el despliegue de la especialidad de la historiografía en España en las tres últimas décadas. Es un trabajo imprescindible para contextualizar las orientaciones historiográficas en España y concluye muy atinadamente que la historiografía se encuentra en un buen momento, aunque no así su proceso de profesionalización pues, valga como ejemplo revelador, no existen en España ni barruntos de que

se puedan crear cátedras de Teoría de la Historia o de Historia de la Historiografía. Situarnos en este punto, nos devolvería al inicio del libro, cuando Teresa M<sup>a</sup> Ortega exigía en la presentación una «visión dinámica, integradora y de diálogo interdisciplinar» de la historia para entender el proceso de las sociedades. Sin embargo, paradójicamente los más sonoras propuestas posmodernistas han producido resultados muy limitados tanto en teoría como en planteamientos metodológicos, pues, tal y como reconoce el propio Miguel A. Cabrera, apóstol de una historia que categoriza como postsocial, ésta no acaba de establecerse con precisión y coherencia. Sólo es capaz de definirla como «un paradigma historiográfico aún emergente». Sin duda, sus resultados no van más allá de supuestas categorías que de ningún modo resultan novedosas para captar la realidad social, por más que se enmarañen en una teoría que puede resultar huera a fuerza de repetir que se trata de «categorías específicas» en las que no se encuentra ninguna precisión salvo que, de modo circular, se postule que «el origen genealógico y el carácter específico de esas categorías hacen que éstas operen como auténticos patrones de significados y, por tanto, desempeñen un papel activo en la configuración de los significados con que los fenómenos reales son dotados» (p. 52). Muy revelador, en fin, es el hecho de que en el repertorio bibliográfico que dicho autor

enumera en las páginas 102 y 103 no incluya ningún libro de investigación concreta que aplique esas supuestas teorías postsociales para ver cómo la mediación discursiva «reconceptualiza» la realidad.

Juan Sisinio Pérez Garzón  
Universidad de Castilla-La Mancha

FRASER, Ronald, *La maldita Guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Barcelona, Crítica, 2006, 932 págs.

El bicentenario de la Guerra de la Independencia prevé un debate historiográfico prolífico. Pero Ronald Fraser, tras doce años de investigación, se adelanta al aniversario publicando una obra en la que trata de reconstruir la historia social de la contienda desde abajo, a partir del recuerdo de las experiencias individuales de las clases trabajadoras. Este enfoque de análisis, tradicional en Fraser, disipa de inmediato el inicial desconcierto ante la temática tratada, bastante alejada cronológicamente de su campo de investigación.

La producción historiográfica del hispanista se ha centrado básicamente en estudios del siglo XX, período del que se ha consagrado como uno de los mayores especialistas. Sin embargo, a semejanza de su libro, ya clásico en la materia sobre la Guerra

Civil española, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros* (1979), en esta ocasión recupera la voz silenciada del populacho a partir de una ingente cantidad de documentos y testimonios de la época. De este modo, el hispanista no rompe con su trayectoria y estilo, pues como en otros tantos estudios –*Hablan los trabajadores* (1970)–, en *La maldita Guerra de España* analiza el devenir cotidiano del pueblo español en combinación con una coyuntura convulsa, representada en este caso por la Guerra de la Independencia. En definitiva, estos desconocidos son los verdaderos protagonistas de su obra, gentes anónimas, cuya participación en la contienda es rescatada del olvido gracias a una minuciosa labor de investigación e interpretación inteligente, a mi modo de ver.

A diferencia de numerosos estudiosos de la Guerra del Francés, cuyos trabajos resultan anodinos y monótonos, Fraser, en un acto de rebeldía moderada a la vez que necesaria, cuestiona determinados planteamientos de acusada aceptación entre los historiadores, adoptando una postura relativamente arriesgada, que tiene como esencia, aunque no única, dilucidar las aspiraciones reales y los motivos que llevaron al pueblo llano a sublevarse contra la invasión gala, y las consecuencias que ello tuvo en sus trayectorias personales.

Entre las aportaciones más sobresalientes de la obra, el rechazo de muchos de los mitos que se crearon